A 35.

EL DOS DE MAYO.

MANIFESTACION

DE LOS ACONTECIMIENTOS

DEL

PARQUE DE ARTILLERIA DE MADRID.

Escrita por

DON RAFAEL DE ARANGO,

Teniente y ayudante del Real cuerpo de Artilleria, en aquella jornada, y coronel de caballeria destinado en la isla de Cuba su patria.

Impresa en el año de 1837 y reimpresa en Madrid el 2 de Mayo de 1853.

Imprenta de D. Jose Villeti, calle de S. Nicolás núm. 13.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

ARCHIVO FACULTATIVO DE ARTILLERIA.

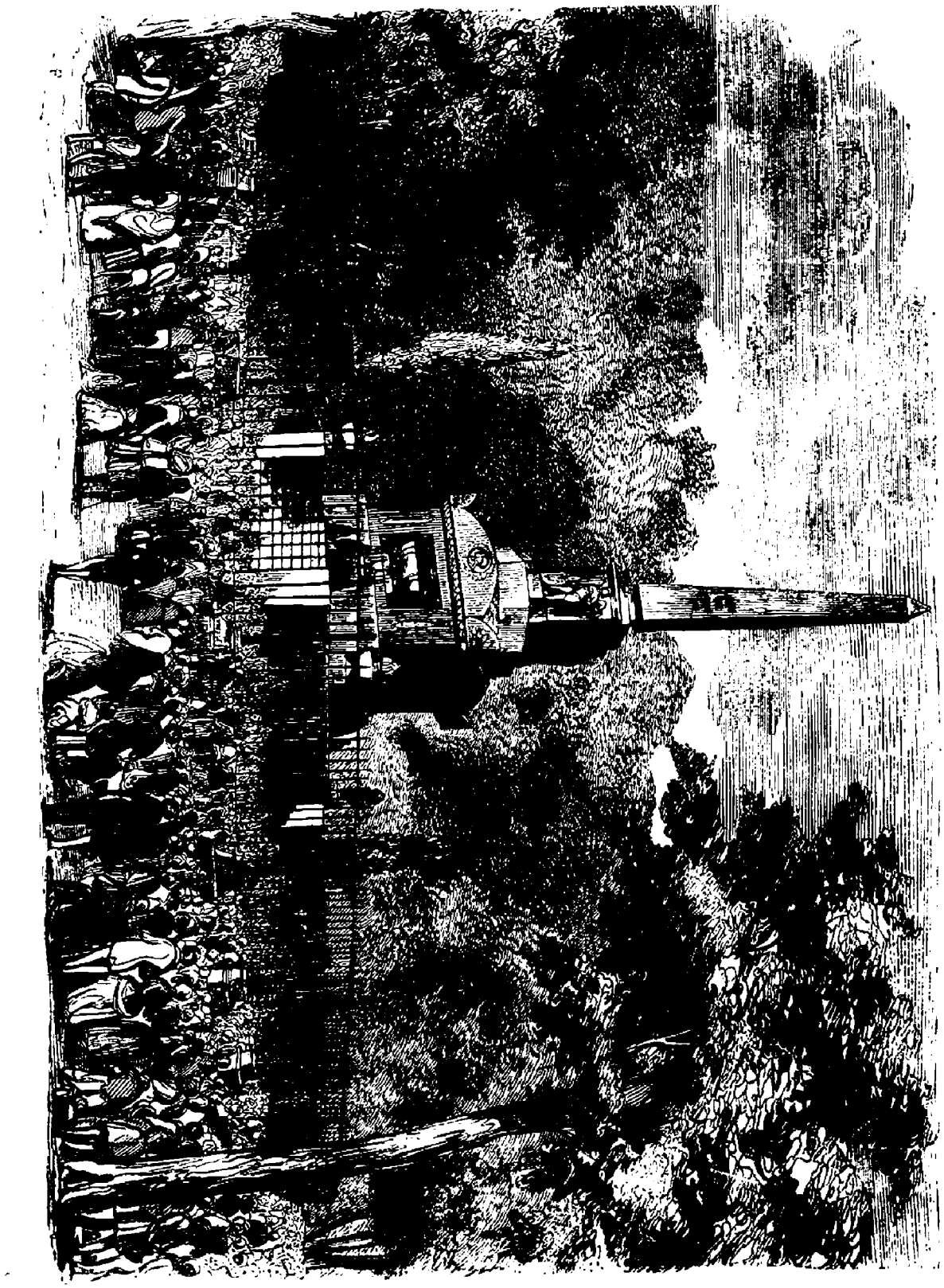
Indice por orden { alfabético.... A
de materias.. 4°

Estante..... A 2

Tabla..... 5

(c) 2007 Ministerio de Cultura

(c) 2007 Ministerio de Cultura



(c) 2007 Ministerio de Cultura

EL DOS DE MAYO DE 1808.

MANIFESTACION

DE LOS ACONTECIMIENTOS DEL PARQUE DE ARTILLERIA

en aquella eterna jornada

POR

EL CORONEL DON RAFAEL DE ARANGO.

La memorable defensa del parque de artilleria en Madrid el dia 2 de mayo de 1808, la defensa de un parque de nombre, pues que, solo era una casa particular, descubierta y presentada á tres calles por donde fué vigorosamente acometida, la defensa obstinadisima que sustentaron no mas que 22 artilleros entre oficiales, sargentos, cabos y soldados, y unos 80 paisanos, contra numerosos cuerpos de franceses aguerridos que atacaban sucesivamente; la defensa en que despues de agotados todos los recursos del valor, no se rindieron sino á la muerte los dos hombres estraordinarios que allí fueron á buscarla reflexivamente, para no sobrevivir al cautiverio de su rey, esta defensa es lo principal que me propongo manifestar ahora.

Pero antes de empezar mi relacion, es oportuno decir brevemente cuales son mis títulos para escribir sobre esto; porque no lo hice en otros tiempos, y que motivos me han estimulado, hoy hasta hacerme prescindir del embarazo de haber de hablar de mí mismo.

En Agosto de 1807, me habia embarcado para la Habana, mi destino, en clase de teniente del real cuerpo de artillería: en su travesia me hicieron prisionero los ingleses; cangeáronme para la Coruña en setiembre, y á principios de 1808 llegué á

(c) 2007 Ministerio de Cultura

Madrid mi hermano mayor el intendente honorario de ejército don José de Arango, que obtuvo real licencia para llevarme á su lado para regresar á mi referido destino y nuestra patria. Llegué á la capital el dia 1.º de abril, y aunque pude como transeúnte escusarme de ser empleado allí, no lo hice, porque ya barruntábamos la ocasion de acreditarnos los españoles, y á la primera insinuacion que me hizo el comandante de artillería don José Navarro Falcon, admití el encargo de ayudante. Estos fueron los pasos que me condujeron al honor de haber sido testigo de uno de los heróicos hechos de Madrid el 2 de mayo, cual fué la defensa del parque; relacion que puedo hacerla circunstanciada, porque fuí el primero que entré en él, y el último que salí; y porque no he podido olvidar mi dia mas interesante; así por la noble, la justa causa en que me empeñé, como por que en él recibí las lecciones de DAOIZ y de VELARDE, impresas con su ejemplo en mi corazon, y esmaltadas en mi ropa con la sangre del primero. Será imparcial tambien mi relacion, lo que no se dudará en vista de mi desinterés probado con mi silencio hasta ahora, puesto que si no lo hice en tiempo, ni para dar el parte debido á mi gefe, porque apenas pude hacer algunos apuntes en la forzosa sucesion de mis emigraciones, (1) tampoco lo intenté despues; porque temí se me atribuyera á anhelo de ameritarme en lo que hice por deber como soldado fiel de Fernando VII, y por voluntad como español; y ni siquiera cedí á las sugestiones de mi amor propio, aunque fuera muy disculpable la ambicion de ensalzarme presentándome como compañero de aquellos varones ilustres. Y todavia continuara el sacrificio de mi interés á mi delicadeza; pero no debo sepultar en ella el mismo noble propósito del capitan de artillería don Ramon de Salas, autor del *Memorial histórico de la artillería española*, que supongo ser el de manifestar con hechos la importancia y la escelencia del cuerpo, y como he visto que olvidó á los oficiales que estuvimos en el cuartel, cuando nombra á los de un cuerpo estraño, podrá decirse que si la artillería pudo ostentar la peregrinidad de dos héroes en una accion parcial, debe lamentarse del imperdonable olvido de otros oficiales. Además hay en el capítulo décimo del *Memorial* inesactitudes y faltas de circunstancias que hasta ponen trocada la primacía entre los dos campeones, lo que prueba que el autor no tuvo datos seguros; porque el *espediente oficial* á que se refiere en su página 259, no se compuso de partes oficiales que no pudo haberlos, supuesto que mis compañeros tuvieron que escapar como yo, y sobre seguro falta mi parte que hube de dar como ayudante. Y con estos fundamentos me ha parecido preciso detallar todo lo que sucedió á mi vista en aquel teatro de gloria y desventura: protestando, que muy lejos de proponerme hacer la crítica del *Memorial histórico*, me ceñiré á la sencilla relacion de los sucesos, sin analizar los suyos, sin cotejarlos con los mios, y sin otra mira que la de que el autor enriquezca de verdades su libro interesante, si acaso volviere á escribir conforme á estas palabras de su prólogo. «Trabajando yo despues del año de 1828 en corregir y mejorar lo mucho que necesita el prontuario de artillería que publiqué aquel año con el fin de dar una segunda edicion mas completa de él, se me fueron viniendo á la mano una porcion de noticias históricas, que no teniendo allí su oportuna colocacion, eran sin embargo dignas de conservarse, y esto me sugirió la idea del *Memorial histórico*.» Yo me tendria por muy dichoso y útil si lograra que escitada nuevamentente la pluma de don Ramon de Salas, hermosease los hechos que voy á referir.—

Habian trascurrido muchos dias del mes de abril, en los cuales, con mas ó menos accidentes, la lealtad española fué como aquilatándose, y mas indignándose á medida que intentaban minarla con pérfidas maniobras los agentes de Napoleon. Así apareció el muy borrascoso dia 1.º de mayo, que fué el preludio del *Dos* eterno. Al amanecer de esa víspera, los franceses habian repartido un folleto impreso en la casa misma de Murat, con el título de «Carta de un oficial retirado en Toledo,» que trataba de persuadir á los españoles, la «conveniencia nacional de cambiar la rancia dinastía de los ya gastados Borbones, por la nueva de los Napoleones muy enérgicos.» Este paso dado para preparar la opi-

(1) Véase la nota al fin.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

nion del pueblo á que recibiera con menos convulsiones la salida de las Personas Reales; fraguada para el dia siguiente, les produjo un efecto del todo contrario; pues la caida del rayo en un almacen de pólvora, no hubiese producido inflamacion mas rápida que la que encendió en los pechos españoles la sacrílega proposicion del cambio de dinastía. No es mi designio contar las ocurrencias de aquel dia, mayores ó menores, comparadas entre sí, pero todas grandes si se las viera aisladas.

Propóngome solamente dar alguna reseña de la disposicion de los ánimos; y para esto bastará añadir á lo dicho el desafio que en la fonda de Genieys hubo de tres oficiales españoles, de los que uno fué don Luis Daoiz, contra igual número de oficiales franceses; desafio que no se efectuó en el acto, porque personas prudentes llamadas para padrinos, lo aplazaron, persuadiendo á unos y otros que no debian con una riña particular añadir leña á la hoguera que estaba ardiendo; y diríase que por esta mediacion discretísima lo que se aplazó fué la inmortalidad de Daoiz en mas legítimo, mas duradero y mas reproducido combate. Se pasó el resto de aquella tarde haciendo nuestro deslumbrado gobierno los mayores esfuerzos, no solo para calmar la efervescencia de la poblacion, sino para inspirar la mayor confianza en sus *huéspedes*, que todavia se daba este nombre á las víboras que en nuestro seno pasaron toda la noche preparando la sorpresa mas infame con que empezaron ese dia Dos de Mayo.

Eran las siete de la mañana cuando mi hermano, que me trataba como á un hijo, pues yo tenia entonces veinte años de edad, viéndome salir apresurado quiso detenerme para almorzar, y le advertí que iba temprano á tomar la órden, porque me prometia un dia terrible, segun las prevenciones que en el anterior me habian hecho los gefes.—*Adios*, me dijo con la voz anudada, y «acuérdate siempre, que hemos nacido españoles.»—Fuíme á casa del gobernador, cuya órden general se redujo á «hacer retirar las tropas á sus cuarteles, y no permitirlas juntarse con el paisanage.» De seguida fuí á ver á mi comandante, y lo encontré en la calle ancha de San Bernardo, donde me dió escrita una órden semejante á la del gobernador, y de palabra la «de que inmediatamente me fuese al cuartel porque ya estaban á la puerta de él muchos paisanos con la pretension de que se les armase, á los cuales debia yo disuadir de su arrojo por cuantos medios suaves me dictara la prudencia;» es de advertir, que desde algunos dias antes, una compañía del tren de artillería de los franceses estaba allí acuartelada.

Partí con la presteza que exigian las circunstancias, y llegué al parque antes de las ocho y media. Efectivamente hallé una pequeña reunion de paisanos, que al reconocerme oficial de artillería me victoresaban, como para estimularme al ausilio del despechado enojo con que venian de ver, sin haber podido estorbar la salida de S. M., la Reina de Etruria viuda, y de S. A. el Infante don Francisco de Paula. Qué denuedo el de aquellos hombres! Mejor dicho. Qué fiereza!... Porque la rabia de una Leona á quien arrebataron sus cachorros, es la comparacion única del furor de los madrileños, cuando sobre el cautiverio de su Fernando recien aclamado, vieron comenzar en aquella salida la infanda permuta de su dinastía. Mi posicion en este punto era tanto mas difícil, cuanto que hallé á los franceses, que eran de sesenta á setenta con las armas presentadas y preparadas, que solo esperaban la voz del oficial para descargarlas sobre el grupo inerme de algunos sesenta paisanos (1), y con todo eso, aquellos pocos valientes enfurecidos no cesaban de repetirme víctores alternados con insultos y amenazas á los *gabachos*, como los llamaban. En tal aprieto me acerqué al que hacia de comandante francés, le hice ver la mengua de atacar á unos miserables desarmados, y la responsabilidad en que él se pondria con su gobierno, si no se revestia de la discrecion necesaria para calmar los ánimos, que era la instruccion que yo sabia habérsele dado. Tambien le supuse que la tranquilidad se habia restablecido en el centro de la poblacion, y en tal caso no debia inquietarse por las vociferaciones de aquellos pocos. Logré con esto inspirarle

(1) Nótese que siempre es á ojo mas ó menos exacto el número que daré de hombres; pues no eran de contarse en aquellos apuros, ylo mismo será de las horas.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

alguna confianza y salvar por el momento aquellos preciosos españoles.

Algo sosegado yo por esta parte, me fuí á lo interior á pasar lista á mi tropa, que solo constaba de diez y seis entre sargentos, cabos y artilleros: número que me desconsoló mucho. Les previne la moderacion que habian de guardar conforme á las instrucciones que yo habia recibido, y mas conforme á nuestra debilidad.

Esto efectuado, volví hácia la puerta principal, y la hallé cerrada por disposicion del capitan francés, que no se aquietaba con toda la superioridad en que estaba situado, y aquí fué donde parecieron desencadenadas todas las furias, intentando romper la puerta por afuera con piedras y palos al son de furibundos gritos de sangre y muerte.—

Al mismo tiempo, y como por encanto, descubrí á un alférez de navío en el patio, que no ví por donde entró. Era un entusiasta de rancio españolismo, que me saludó escitándome á que armara al paisanage, *porque habiendo* (fueron sus palabras), «focado los franceses á degüello, era preciso decidirse á morir matando.» Todavía me parece sentir las espinas de mi corazon en este paso. Solo y aislado en aquel recinto de honor, contrastado mi juicio con unas órdenes contrarias á mis sentimientos, observado por una fuerza enemiga dentro de casa, oprimido por mi responsabilidad, que me la abultaba no solo mi juventud inesperta, sino lo complicado y nuevo del lance, y sin haber recibido mas noticias que las de aquel marino tan exaltado. ¿Qué partido habia yo de tomar? No me ocurrió otro que el de meterme cautelosamente en la sala de armas con un cabo y tres artilleros, para poner piedras á los fusiles, ocuparme en otros preparativos, y encargar al animoso alférez de navío que, saliendo por una puerta falsa, fuese de mi parte á decir á mi comandante, que no vivia lejos, el estado en que nos hallábamos. El admitió la comision prometiéndose volver sin demora con instrucciones favorables, con su tema de *morir matando*: y así hubo de sucederle en el tránsito, pues no volvió, y nunca pude averiguar su paradero, ni su nombre digno de lugar en la lista de los próceres del valor y del patriotismo.

Su tardanza me causó ansiedad mayor en el riesgo de que los franceses recelaran mi clandestino manejo, sin embargo de que yo habia prevenido á los otros artilleros que estuviesen siempre á la vista de los enemigos; y no pudiendo sujetar mas mi espectacion, recomendé á mi gente que continuase la faena, y bajé al patio sin mas fin que el de desahogar mi inquietud creciente por mas de una prolija hora, en que estuve haciendo de cabeza, no teniéndola yo proporcionable con aquel cuerpo engrosado de las mas altas indicaciones militares y políticas, y en que siempre contando mi poca gente pulsaba la debilidad de fuerzas para entregarme á los ímpetus nacionales que bullian en mi pecho. No: yo no podré bosquejar siquiera el bálsamo consolador en que se bañó mi corazon, viendo á los pocos minutos entrar un capitan de artillería solo: pero era el gran Daoiz, que me saludó preguntándome *¿qué tenemos por aquí?* No habia yo acabado de instruirle, y nos interrumpió la llegada sucesiva de dos capitanes Velarde y Consul, y dos subtenientes Carpeña, y otro que era de compañía fija, cuyo nombre no recuerdo, pero si tengo muy presente que por el modo de abocarse estos oficiales de artillería, particularmente Daoiz y Velarde, me pareció no haber sido esta su primera entrevista del dia. Entró tambien un capitan de granaderos del estado con tres subalternos, (de lo que debido es nombrar á don Jacinto Ruiz) y unos 40 soldados; sin que yo pueda fijarme ahora en los que llegaron antes ó despues. Baste decir que entraron sucesivamente con cortas intermisiones por un postigo de la puerta principal, que por su mano entreabria un oficial francés para reconocer á las pesonas, y volvia á cerrar con las precauciones de los temores que se les aumentaban por momentos. Bien sabia yo que Daoiz en aquel acto era el gefe del puesto porque me era conocida su clase y antigüedad; pero, aun si las ignorase, él me habria hecho sentir aquella superioridad que se pinta en la posesion del ánimo, en el fuego de los ojos, en el tono de una voz varonil, y en el porte de su persona, que aunque de pequeña estatura, se paseaba allí con tal gallardía, que representaba un jigante. Acerquéme á él para acabar de participarle todos los

(c) 2007 Ministerio de Cultura

acaecimientos; y sin responderme nada y con semblante pensativo se dirigió á la escalera de la sala de armas. Mientras subiamos le noticié la operacion en que dejé al cabo y á los tres artilleros, á lo que me respondió sonriéndose: «Ello es un contrabando, pero al fin hay eso adelantado.» Sacó entonces de su bolsillo la misma órden escrita, que yo habia recibido de nuestro comandante, y me preguntó: «¿Qué quiere usted que hagamos?» Me dió golpe esta perplegidad, á la que respondí «que yo estaba á sus órdenes:» pero despues que oí á VELARDE y á los otros oficiales del cuerpo esplicarse en el mismo incierto sentido, reflexioné que la pregunta de DAOIZ á mí habia sido la espresion de la batalla de su espíritu acosado por la gran responsavilidad que pesaba sobre sí, y como encogido por los pocos medios para empeñar una resolucion estremada, que en lucha tan desigual aventurase á un pueblo noble á sufrir las horrorosas venganzas de un enemigo tan fuerte como implacable. No debian de ser menos las sensatas fluctuaciones en que él mismo se embargaba: y era tanto mas admirable su reposada cordura, cuanto que el dia anterior habia procedido como jóven acalorado, precipitándose á un desafio; pero en que arriesgaba su persona sola. Asi fué que no suspendió sus reflexiones la llegada de un gefe de los de la plaza, diciéndole «que el gobierno habia dispuesto armar al pueblo;» pues volviéndose á nosotros nos dijo. —«Este hombre es cuando menos un aturdido, bullicioso y nada valiente, á quien no se debe creer:» lo que vimos comprobado en el suceso, porque se mantuvo siempre agazapado, y posteriormente recibimos, como notaré en su lugar, otra embajada del gobierno, que desmentia la de este gefe.

Y DAOIZ, cuya voluntad no mas era obedecida en el parque de artilleria: DAOIZ, que en aquella hora ya no rindiera su obediencia sino á Fernando VII tan solo; DAOIZ, que habria sido menos grande si no hubiera con su meditacion sublimado su valor, se quedó todavía como irresoluto, paseándose por el patio en recogimiento absorto, en que parecia tantear los destinos de la España encerrados en el primer cañon que se disparara contra el coloso que tenia sojuzgada toda la Europa. Entretanto, los oficiales, pendientes de sus labios, le contemplábamos y admirábamos; el pueblo desde afuera no cesaba de repetir vítores al rey y á la artilleria, pidiendo armas con estruendo: y hé aquí, decirse puede, que se nos apareció en accion el héroe: pues si como de aquel nubarron de vivas desprendida una chispa eléctrica abrasase el corazon de DAOIZ, desembainó el sable, mandó franquear la sala de armas, y abrir la puerta del cuartel, dirigiéndose él mismo á ella, de donde jamás se habia separado la tropa francesa en la antedicha amenazante actitud. Entró el pueblo como un turbion y sin causar ni leve daño á los franceses, porque no se defendieron, les arrebató los sables y fusiles. Los que no alcanzaron parte del despojo, fueron á proveerse en la sala de armas, siendo de notar que el mayor número de ellos, no sabiendo usar las de fuego preferian las blancas, y á falta de sables tomaban las bayonetas de los fusiles, arrojando estos al suelo como inútiles. En el mismo tropel en que entraron los paisanos, volvieron á salir sin que bastaran los mayores esfuerzos y aun ruegos de VELARDE para detenerlos, con la mira de ordenarlos y dirigirlos del mejor modo posible. ¡Perdido afan! Consiguió sólamente la detencion de unos ochenta mas ó menos, y eso cerrando la puerta. No obstante ese cortísimo número, era de ver á VELARDE como los organizaba y distribuia con tal actividad; que á manera de relámpago parecia presente en todos los puntos. El destacamento francés desarmado se colocó en un rincon del patio en que se creyó seguro, bajo la proteccion de la compañía del Estado, que se mantuvo inmóvil sin disparar un tiro en todo el dia, muy á pesar de sus oficiales y soldados: pero debo decir en justicia, que si el capitan cumplió cabalmente la órden de «no unirse á los paisanos,» tampoco los contrarió de ningun modo.

Durante la entrada del paisanage, DAOIZ me habia dado la órden de colocar cuatro piezas abocadas á la puerta; y ya listas avisaron unos paisanos que estaban en los balcones, que por la calle de Fuencarral venia un batallon hácia el cuartel. La primera voz de DAOIZ fué la de guardar silencio: VELARDE acompañado de un subalter-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

no subió á observar los movimientos de aquella tropa: avisó que eran tan hostiles que ya sobre la puerta se disponian los gastadores á forzarla: y Daoiz mandó hacer fuego, que produjo tres tiros de cañon, y algunos de fusil que desde los balcones hizo disparar Velarde. Ya se ve el profundo silencio trasformado en trueno repentino, la puerta cerrada, por cuyas horadaciones les llegaba la muerte, los balcones guarnecidos de fusiles que parecian mas por una buena distribucion, todo esto causó tal sorpresa al batallon, que no fué necesario mas para ponerse en fuga desordenada..... « Victoria por nosotros,» gritaron los paisanos, «que ya van de huida;» y Daoiz en el momento hizo abrir la puerta y colocar á fuera un cañon, mirando á la calle en frente à la puerta del cuartel, (1) y otros dos en direcciones opuestas, avistando el uno á la calle de San Bernardo y el otro á la de Fuencarral. (2)

A poco rato se observó por la calle de San Bernardo que se reunian los enemigos, y se trabó la pelea como por una hora con mas ó menos teson, segun que el grueso de los franceses se distraia, queriendo hacernos diversion con varios destacamentos por las otras calles; y por último se retiraron escarmentados. En estos tiroteos reconocimos el perdido uso que los paisanos hacian de las bocas de fuego por no saber manejarlas, pues entre otras cosas sucedió que un desgraciado, para dar mas alcance á su pistola hubo de cargarla, segun nos dijeron, *hasta la boca*, la apoyó en su mejilla derecha para hacer mejor puntería, y en su retroceso la misma pistola disparada le voló la tapa de los sesos. En esta ocasion fué tambien que el muy valeroso Ruiz, teniente de granaderos del Estado, se separó de su tropa inmóvil, se presentó gallardamente fuera de la puerta; y allí, despues de haber dado muestras de un oficial valiente, resultó herido en el brazo izquierdo de una bala de fusil; cuyo fatal accidente hizo resplandecer su bizarría, porque no cesó de dar las voces de *fuego artilleros*, hasta que ya desmayado, porque el propio encendimiento de su sangre hacia mas copioso el derrame, lo cargaron unos paisanos y lo llevaron á dentro. Igualmente quedaron fuera de combate un cabo y cinco artilleros, todos heridos de bala de fusil ó de metralla, de cuya municion careciamos enteramente, porque no estaba allí el guarda-almacen. Tal fué la pérdida que tuvimos en esta refriega, la primera en que resistimos á pecho descubierto. Los paisanos no tuvieron ni un herido, porque no tenian necesidad de esponerse, pudiendo disparar sus tiros perfectamente cubiertos de los del enemigo. Pero notamos alguna baja de ellos; y quiero atribuirla á la noveleria con que iban por las calles á pregonar proezas, porque ninguno habia dado ni leve señal de miedo.

No duró mucho la suspension de hostilidades, porque á los pocos minutos marchaban ya los enemigos hácia nosotros; (1) y Daoiz mandó romper el fuego contra un batallon, que con su comandante á la cabeza avanzaba á paso redoblado, y aunque los estragos que le causaba nuestra artillería eran proporcionados al órden de columna cerrada en que atacaba, seguia en su impetuosa marcha, sin hacer caso de sus pérdidas: abriansele boquerones en aquella masa compacta, y como por alucion se rellenaba y consolidaba. Sin oírseles otra palabra, que su pertinaz *en avant*, ya el intrépido comandante alargaba, por decirlo así la mano para cojer el fruto de su valentía, y se le escondió, convirtiéndosele en ruina, por una ocurrencia que parecia dispuesta en su favor. ¡Prodigiosos suelen ser los resultados de la audacia y de la temeridad! Así voy á presentar el cuadro de unos setenta defensores que éramos entre militares y paisanos, en la calle, á pié firme, sin parapeto, sin una zanja y atacados por un batallon tan osado como aguerrido; que llegó, como era forzoso, casi à apoderarse de nuestro puesto, y que de repente se le cambia el triunfo en una total derrota, en que sufrió pérdidas increibles de muertos, heridos y prisioneros.

Fué el caso que en aquellos críticos momentos se divisó por la calle del frente de la puerta (2), un capitan de granaderos

(1) De San Pedro, hoy del Dos de Mayo.

(2) En la calle entonces de San José, hoy de Daoiz y Velarde.

(1) Por la calle de Daoiz y Velarde.

(2) Del Dos de Mayo.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

del Estado; que á toda carrera venia flameando un pañuelo blanco. Suspendióse el fuego á la voz de DAOIZ, y corrió VELARDE á la calle del ataque, para proponer al comandante francés que se detuviera, y sino volveria á romper el fuego. Este mandó hacer alto á su batallon, y para dar una señal de seguridad y confianza, mandó poner los fusiles culatas arriba; y él con tres ó cuatro oficiales se adelantaron como para entrar en esplicaciones. Jadeando y casi sin poder hablar, llegó por fin el capitan y dijo á DAOIZ: «que era enviado por nuestro gobierno para hacerle sentir la indignacion con que habia sabido la locura con que estaba precipitando al pueblo, y esponiéndolo á las consecuencias mas desastrosas.....» No sé si tendria mas que decir el plenipotenciario, de un gobierno cautivado, ni cuál hubiera sido la respuesta de DAOIZ; porque nadie pudo hablar mas, interrumpiendo y pasmando á todos uno de los valentísimos que nos acompañaban en trage de *chispero*, que dió tal empellon á uno de los oficiales franceses que se adelantaron mas para oir la embajada, que lo derribó de espaldas y gritó al mismo tiempo, viva Fernando VII, añadiendo por interjeccion cierta palabra condenada á no ser escrita. Estaba en aquel instante mismo con la mecha en la mano un artillero, y sin que nadie se lo mandase, y quizá sin saber él mismo lo que hacia en el arrobamiento en que hubo de ponerlo aquella invocacion, dió fuego á la pieza, que aunque cargada con bala rasa tuvo dondé cebarse en aquel enjambre de franceses tan á quema ropa, que sobrecogidos se abandonaron al espanto de tal estrago, de modo que los de retaguardia se dispersaron y huyeron precipitadamente, y los de la cabeza que no cayeron imploraron clemencia, rindiendo ó arrojando las armas. Estos, que fueron muchos, quedaron como prisioneros que se juntaron con los otros. Tambien retuvimos en nuestro poder al comandante y algunos oficiales, á quienes por disposicion de DAOIZ, que estaba en todo, se trató con el posible decoro. Entre nosotros hubo algunos heridos.

Esta inesperada victoria, que parecia arrebatada por la virtud sola del nombre de Fernando VII, bien pudiera persuadirnos que habíamos no sólamente llegado á la cima de la gloria, sino que en ella descansáramos ya de nuestras fatigas incesantes. Y no parecia descabellada esta esperanza que se fundaba en el destacamento desarmado, en los dos batallones derrotados, y en los franceses dispersos que ya se presentaban á tomar nuestro partido, entre los cuales un sargento de artillería que se entendió conmigo. Pero estas mismas prodigiosas circunstancias que se habian acumulado sobre aquella casa indefendible, que repito, no era tal parque, y los nombres de DAOIZ y de VELARDE, que ya hermanados como por presagio de su próximo vuelo á la inmortalidad, resonaban por todas partes, fueron la causa de que Murat mirase aquel punto como el de mas entidad de la villa heróicamente levantada, y dispuso atacarlo con una columna de unos dos mil hombres á las órdenes de un general.

Los paisanos que á todo riesgo corretcaban para llevarnos noticias, anticiparon las de tan escesivo apresto: y en esta coyuntura se deseaba saber, ¿cuántos y cuáles eran ya los sitiados? ¿Qué pensaban? Qué se prometian?—Eran DAOIZ y VELARDE, que entonces se dijeron algunas palabras de las cuales no percibí mas que los ademanes del ardimiento, con que despues no parecieron graduados mas que de bravos combatientes; que por lo mismo que palpaban la insuficiencia de sus recursos, se mostraban mas poseidos del heroismo con que se precipitaban, ya fuese para recabar de la fortuna los portentos con que ha solido coronar á la audacia: ya fuese para no ser testigos de la dependencia de su nacion. Eran mis otros tres compañeros, que estaban en la espedicion del nuevo tremendo ataque, los mismos que estuvieron siempre firmes y elevados á la altura, no fácil de cumplidos subalternos de aquellos capitanes, era yo haciendo mi papel de ayudante. Eran diez entre sargentos, cabos y soldados de artilleria que se portaban como por honor y patriotismo. Eran los poquísimos paisanos restantes harto acreditados de buenos españoles. Tales eran los elementos de que se componian unos cincuenta ó sesenta pechos descubiertos y fatigados, que esperábamos el asalto de mil y quinientos veteranos, frescos y provistos de todas

(c) 2007 Ministerio de Cultura

armas y municiones. Preciso es ser españoles para ser tan tenaces en no torcerse cuando marchan á la gloria.

Entraba ya la columna por la calle ancha de S. Bernardo, y tan luego como la avistó Daoiz, mandó romper el fuego, que se repitió con toda la actividad del coraje que se renueva en el mayor peligro. El enemigo sin disparar un tiro, marchaba con celeridad tan sostenida que no daba muestras de sentir el encuentro de nuestras balas: bien que graneadas escasamente por la disminucion de nuestros tiradores. Reproducíase asi el ardor y el teson de una y otra parte, y asi la columna se lanzó hasta diez ó doce pasos de nosotros, sin dejarnos mas resuello que para pocas descargas, de las cuales la última destrozó el caballo del general. No habíamos quedado ilesos al pié de los cañones mas que unos treinta entre oficiales, sergentos, cabos, y soldados de artillería y paisanos: no podíamos hacer ya nada, y nos arrollaron bácia dentro los enemigos, tan encima de nosotros que no bien estábamos en la puerta, vimos que la primera subdivision de la columna se habia echado los fusiles á la cara. Tal vez nos hubieran barrido á todos, hasta á los prisioneros franceses, si no se hubiera aparecido el marqués de San Simon, que revestido de todas sus insignias militares, se metió por debajo de los fusiles y los hizo levantar con su voz y su baston. Mas no pudo evitar que saliesen algunos tiros, de los que uno hirió....¡á Velarde!... en el centro de su gran corazon..... Cayó súbitamente: pero fué aun mas súbita la feróz rapiña de la soldadesca triunfante, pues por pronto que acudimos, oh dolor! hallamos despojado y desnudo aquel cuerpo que habia sido feliz y precioso depósito de valor heróico y de mucho saber, y que vino á parar... ¡en ser envuelto en el lienzo de una tienda de campaña para llevarlo á su casa!.....

Al mismo tiempo de este lamentable suceso, porque todo pasaba con la rápida, la instantánea movilidad del encarnizamiento, el general francés reconvino ásperamente á Daoiz, que fué lo mismo que escitar y provocar la cólera del Leon. Tal pareció el ceñudo español, que aun tenia empuñado su sable, sin duda con el propósito de que victorioso ó muerto no mas volviese á la baina: y respondió acometiendo al general, que nada caballero y magnánimo no se contentó con parar el golpe sino que, permitió que cinco ó seis de sus oficiales y soldados acribillaran á estocadas y bayonetazos á su novísimo adversario. De este modo villano fué como lograron los franceses teñir sus aceros con la sangre del mas *valiente* de los *valientes* que pelearon en aquel dia por la mas justa de las causas. por fortuna su cuerpo no fué profanado; todavia respiraba cuando llegamos á socorrerle; lo cargamos y conducimos á un cuarto inmediato á la puerta, y teniéndolo yo recostado sobre mi pecho corrió su sangre espirituosa por mi vestido. Su aspecto allí era el de un héroe moribundo, á quien no solamente rodeaban nuestros suspiros, nuestra admiracion, nuestro respeto, sino que algunos de los franceses con recogimiento sentimental se acercaron á contemplarle y ofrecer sus servicios; con tal solicitud que uno de los cirujanos, posponiendo sus propios heridos se ocupó en curar á Daoiz y hasta mandó á la botica por una bebida que le hizo tomar á cucharadas. Todo fué infructuoso. El alma del hombre del DOS DE MAYO se desenredaba ya de su envoltura terrenal: la amarillez sombria de la efusion de sangre habia reemplazado al color de su brio, nunca amortiguado en los peligros, movia poquísimo y sin muestra de congoje aquellos miembros muy ágiles en el combate: de cuando en cuando abria enteros los ojos... ¡únicos enjutos en aquella luctuosa escena!... En tal estremidad lo llevaron á su casa, donde exaló el último aliento de su perseverancia en la lealtad española.

No con todo esto cesaron nuestros sufrimientos, porque en el punto mismo de hallarnos los oficiales de artillería con los pechos llagados de las heridas de nuestro inimitable caudillo, comenzaron los franceses á insultarnos con amenazas, á las que el capitan Cónsul, como el mas caracterizado, les respondió señalándoles en el suelo la sangre de Daoiz.—«Esa era del geje que nos ha guiado.»—Esta salida que debiera desarmar á todo hombre de razon no pareció producir buen efecto en unos vencedores que enconados por los sacrificios inmensos que les habia costado la vic-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

toria, ha principiado el mas ruin abuso que se hace de ella, el de acibarar mas la suerte de los vencidos. Pero tuvimos la fortuna que aquel gefe de batallon que quedó en nuestro poder, aquel francés singular, tan generoso como valiente, no solo calmó la ira de sus compañeros, sino que nos consoló diciéndoles: «que él habia sentido la desgracia de Daoiz como la de un hermano, porque en cuantas acciones se habia hallado no vió mayor denuedo.»

En esta sazon los lamentos de los artilleros heridos me llamaban. Fuí á socorrerlos, y un cabo fué el primero que ví. Hallábase tendido en el suelo en medio de un lodoso reguero de su sangre, que aun manaba de la herida cruel que le atravesó una ingle: y cubierto de la palidez precursora de su muerte muy cercana, con voz entera me dijó: «acuda V. mi teniente á quien pueda tener remedio; pues no soy el que me he quejado ni llamado: yo no llamo mas que á la muerte que espero conforme porque muero por mi rey y porque muero en mi oficio.» Muy poco sobrevivió á estas palabras; que oyó mi corazon en una de aquellas conmociones que se reproducen con todo efecto cada vez que se hace memoria de ellas: como ahora me sucede estar oyendo á ese impertérrito cabo de artillería, doliéndome de no poder consagrar su nombre, no menos interesante que el de cualquiera de los trescientos espartanos; pues no es dudable que si la puerta de aquella casa la defendieran trescientos como este cabo, los franceses no hubieran pasado en el dia aquellas termópilas que les representó la constancia de los españoles.

Varios generales, el comandandante de artillería y algunos gefes y oficiales de la plaza llegaron al cuartel, y sucesivamente fueron desapareciendo. La compañia de granaderos de Estado se retiró lisa y llanamente. Mi comandante se fué tambien con todos sus oficiales, sin dar otra disposicion, si no la de «que me quedara allí para la conduccion de heridos y cuanto mas pudiera ofrecerse.» No me quejaré de la imprevision de mi comandante en dejarme entregado á la muy encendida venganza de unos enemigos que me habian visto con mi espada desnuda contra ellos; porque tal vez se propondria hacerme honor con esta comision; ó en el estupor que hubo de causarle la catástrofe que vió consumada sin pasar por las graduaciones que nos familiarizan con los desastres, no previó cuanto mas prudente hubiera sido comisionar á uno de los oficiales que le acompañaban, sin haberse hallado en la accion. Y nada, empero, representé; porque permítaseme el desahogo, yo no era capaz, ni de eludir la subordinacion militar mas arriesgada, sino cuando me llamara la voz mas exigente de ciega obediencia, la imperiosa voz de la independencia y del honor, harto comprometidos en el cautiverio del rey, en la salida de las personas reales, y en la traidora ocupacion de nuestras plazas fronterizas y de nuestra capital.

Ultimamente se retiró el grueso de la tropa francesa, dejando allí unos quinientos hombres. Y volví á quedar solo como al principio, con la grave diferencia de que este segundo aislamiento en dia tan desproporcionado á mis alcances juveniles, fué un verdadero desamparo sobre un terreno ya cubierto de destrozos y de sangre, sin oir las vivificantes voces de Daoiz y de Velarde, y sin mas libertad que la de un vencido. Un accidente solo hubo para no colmar mi desventura, y fué que encargaron el mando de los quinientos hombres, á aquel mismo noble comandante de batallon que hicimos prisionero, quien no obstante su descalabro, conservó tal reputacion, que el general le confió aquel puesto de tanta mayor entidad, cuanto que en él estaba el depósito de armas y todos nuestros pertrechos. Su primera disposicion fué la de requerir á un corto número de paisanos que se habian refugiado en una de las habitaciones interiores, para que entregaran las navajas ú otras armas que tuvieran ocultas; pero ya aquellos desdichados se habian desprendido hasta de la esperanza de conservar una vida de mucho precio, como escapada entre los peligros á que se arrojaron por su rey. Despues me pidió municiones para dos piezas, de las que sirvieron en su daño, y le respondí que yo no tenia conocimiento de los repuestos ni de cosa alguna que no estuviese á la vista, porque eran muy pocos los dias que habia residido en Madrid con licencia. Por fin pude mandar los heridos al hospital, y volvieron los conductores dándome la triste noticia de que en el tránsito habia espirado un arti-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

llero, y los otros, que eran seis, quedaban desmayados, los mas de ellos sin esperanzas de vida.

A todas estas, eran ya pasadas las seis de la tarde; y faltándome el alimento de la accion, pude sentir que estaba en ayunas despues de una lucha física y moral de mas de nueve horas: y como la órden de mi comandante estaba cumplida en lo esencial, y no era de permanencia, hube ya de pensar en mí para salir de un sitio, que se me habia hecho muy ominoso de un sacrificio estéril en el patíbulo. Dirigíme entonces al comandante francés, que me trataba como subordinado suyo, y le dije que me permitiera dar una vuelta á mi casa, á lo que me contestó con absoluta negativa; pero tuve la felicidad de no alterarme; y le repliqué dulcemente, representando á su sensibilidad «la cruel incertidumbre en que estaria mi hermano mayor, que era el sustituto de nuestro padre ausente;» y accedió, pero con la condicion de que volviera á su lado sin demora. Así lo prometí de palabra, que en mi intencion estaba resuelto á no cumplirla; aunque asomaba á mi corazon cierto escrúpulo, aun de la necesidad de engañar á un hombre, que por ser enemigo, no era menos apreciable por sus escelentes cualidades, y muy digno de mi reconocimiento por el candor con que me abrió la puerta de la salvacion.

Así acabó en el parque el dia de revista doctrinal, para toda la Europa, que segun predijo un habanero (1), en aquellos momentos «debia estimular el instinto del honor de las potencias amortiguadas por el terror pánico, ó por la admiracion estúpida que Bonaparte les inspirara» así acabó el dia en que la historia justiciera descubrirá el primer eslabon de la cadena que remachó en una roca el genio de las batallas: así acabó el dia en que las naciones penetradas de asombro, del asombro, pasando á los aplausos, de los aplausos á la envidia y de la envidia á la imitacion, tomaron por modelo el porfiadísimo combate que un puñado de artilleros y paisanos, sin municiones competentes, sin una zanja y sin estar cubiertos, ni con frágiles *bardas*, sostuvo á pié firme y pecho descubierto arrostrándose con todo un formidable ejército, que destacaba y engrosaba columnas de refresco, á medida que eran derrotadas las que les precedian con asombrosas pérdidas en muertos, heridos prisioneros y estraviados. Maravilla que no se podrá militarmente esplicar, ni de otra manera concebir, sino por la mágica influencia de dos capitanes de artilleria encumbrados á toda la elevacion de españoles indomables, y que además tuvieron la virtud no solo de infundir su energia defensiva á los que estuvieron á sus órdenes sino la de producir tal pavor á los franceses, que los prisioneros siendo tres veces mas que sus vencedores, ni pensaron fugarse, porque estaban mas atónitos que vencidos. Acabó así el dia DOS DE MAYO, lo repito, no hubo capitulacion, no hubo formas de rendicion, no hubo mas que haber caido una masa enormísima de asaltantes sobre los poquísimos que no fuimos inutilizados en las varias contiendas, se deshizo aquel conjunto de héroes, como se deshace y desmorona el muro, que despues de haber represado muchas avenidas, no pudo contener el desborde de un rio caudaloso: pero cuyos escombros desparramados por la península, sirvieron de advertencia, y de materia para robustecer los malecones con que en Menjibar, Bailen, Zaragoza, Gerona y en todo el ámbito de la España refrenaron la irrupcion de las huestes acostumbradas á triunfar de los imperios mas poderosos y de las mas indómitas naciones.

Estos han sido los hechos que presencié, cuya relacion he concluido, sin que mi conciencia pueda inquietarse por leve alteracion de la verdad, ni que se me tache de proligidad que debe ser muy grata al interés nacional. Solo tengo la pena de conocer la insuficiencia de mi pluma, porque no puede convertir la escasa animacion marcial de que fué susceptible á las inspiraciones de Daoiz y de Velarde, en la animacion oratoria, que me hiciera capaz de presentar tan grandes como fueron esos dos capitanes de la artilleria española. Pero me consuelo observando ahora, que su elogio está ya cifrado en sus nombres, nombres que tan acendrados como si hubieran corrido una larga posteridad, basta pronunciarlos, para que en ellos parezcan producidas con bella simonia todas las palabras que espre-

(1) Manifiesto imparcial de los acontecimientos del DOS DE MAYO, escrito por mi hermano D. José de Arango.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

sen, y las ideas, y las acciones y los efectos del heroismo.

NOTA.

Por la narracion hasta mi salida del cuartel, queda probado, que el dia Dos no pude escribir el parte á mi gefe. Y tampoco fué posible el dia tres: porque serian las ocho de la mañana cuando llegó á mi casa un amigo mio, con la horrible noticia de que en casi toda aquella pavorosa noche, habian los franceses fusilado en el Prado à todos los españoles cogidos con armas ó sin ellas durante la accion y despues que cesó: añadiendo, que los oficiales de artillería del parque, debian ser juzgados, esto es, *fusilados*, por una comision militar francesa; lo que no dudaba él porque en su travesia encontró una partida de dragones franceses que llevaba atados tres soldados artilleros. Mi hermano absorto con la idea de que si yo no hubiera salido del cuartel, habria sido víctima en el Prado, resolvió sin demora, que saliésemos disfrazados de paisanos à cerciorarnos del hecho. Fuimos á preguntarlo al ministro de la Guerra D. Gonzalo O-Farrill nuestro paisano, cuya respuesta fué decirnos con profunda tristeza. «Esos hombres son capaces de todo.» Seguimos à la casa de mi comandante, para darle noticia de los tres artilleros, y profundizar mas mi negocio; y con aquella su honradez característica me dijo: «que lo ignoraba todo; pero que si él hubiera sido ayer el ayudante del parque, ya estaria fuera de Madrid.» Con estos datos, mi hermano me dejó depositado en una casa de su confianza. A las tres horas volvió, llevándome para disfraz el completo uniforme de alférez de guardias españolas; y así vestido yo, fuimos á su cuartel, donde estaban reunidos muchos oficiales, entre quienes se hallaba de prevencion el actual brigadier D. Gonzalo de Aróstegui, que fué el trazador del plan de mi evasiva. Salí á pié con un compañero de uniforme primer teniente, del batallon acantonado en Vicálvaro. ¡Cuántas circunstancias interesantísimas voy omitiendo para ceñirme al objeto de esta nota! Pero me es imposible no pregonar, que el batallon pasó la noche como sobre la brecha, con la resolucion de morir todos en ella, si me persiguiesen los franceses. Yo seria el mas insensible de los hombres, si ahora y en todos los dias de mi vida no recordara con reconocimiento afectuoso la proteccion que debí al cuerpo, que siempre bizarro, sustentador del distintivo de *Guardias españolas*, ha dado tantas glorias á la nacion.

Al siguiente dia, mi hermano temeroso de los pasos resvaladizos de mi inexperiencia, llegó temprano à Vicálvaro, y despues de pasar el mal trago de ser tratado, aunque momentâneamente, como espía, porque preguntó por *D. Rafael de Arango*; me llevó á Guadalajara, desde donde habilitándome competentemente, me despachó á efectuar el concierto de nuestra patriótica venganza, que era buscar por la línea mas corta, algun puesto bloqueado por los ingleses, á quienes contáse mi historia, y ofreciese mi espada contra el ya declarado comun enemigo. Pero en mi primera jornada, me alcanzó aquel mismo Aróstegui, que iba en posta á Aragon, y de acuerdo con mi hermano me hizo retroceder á Guadalajara, con la seguridad de que por intercesion de O-Farrill, se habia suspendido el decreto contra los cuatro oficiales de artillería. Mi hermano escribió á este ministro de la Guerra, que tuvo la animosa generosidad de mandar un pasaporte, para que por Cádiz viniese á la Habana mi destino, como dije en la introducion de este papel.

Parti por fin; y despues de mil trabajos y rodeos para evitar el ejército de Dupont, que marchaba para Andalucía, llegué donde me recibió el frenesí de muchos sevillanos, que sospechaban traidores á cuantos no habian recibido el bautismo político de manos del padre Gil; y me hallé tan mal parado con una columna de matones, que me llevaban y traian al retortero, que hube de consolarme cuando me encerraron en una prision. Omito mis riesgos y aflicciones posteriores, para decir, cortando ya esta larga nota, que pasados algunos dias me pusieron en libertad, y el primer uso que hice de ella, fué sin pensar en la Habana presentarme al Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños en Utrera, que me admitió en su ejército; allí meditaba los acertados planes que coronó la victoria de Bailen, y desde entonces seguí contínuamente en campaña

(c) 2007 Ministerio de Cultura

como oficial de artillería hasta la terminacion de la guerra.

Para completar la precedente relacion que debe considerarse como la mas clásica y verídica de cuantas puedan escribirse y como la única que debe servir de testo para comenzar la historia de nuestra independencia, nos parece oportuno y digno de la atencion de nuestros lectores el siguiente estracto tomado del *Faro industrial* de la Habana del 19 de noviembre de 1850.

El 6 del corriente ha fallecido en esta ciudad su patria el coronel de caballería D. Rafael de Arango y del Castillo, caballero de la órden militar de San Fernando y con varias distinciones de la gnerra de la independencia, fué hijo del teniente coronel D. Anastasio y de doña Feliciana del Castillo.

Muy temprano escogió la carrera de las armas trasladándose á la península. donde entró de cadete en el regimiento infantería de Granada, estudió con grande aprovechamiento en la academia militar de Zamora al lado de su hermano D. Andrés, cuando ambos se hallaban de subtenientes del mismo regimiento de Granada, este pasó al cuerpo de Ingenieros y nuestro héroe se examinó en Segovia y fué aprobado en clase de teniente de Artillería; en esta clase se le destinó á la isla de Cuba y habiéndose embarcado en la Coruña, el año de 1807, fué hecho prisionero por los cruceros enemigos que lo condujeron á Inglaterra; enseguida fué canjeado y se restituyó á la Coruña donde se hallaba á principios del año de 1808.

Deseoso de abrazar á su hermano el intendente honorario de ejército, D. José, residente entonces en Madrid, vino con licencia á esta capital en los momentos críticos en que se hallaba ocupada por las tropas francesas; y alarmado su patriotismo en aquellos momentos decisivos, aceptó el nombramiento de ayudante de su cuerpo que le propuso el comandante de Artillería de la Plaza, D José Navarro Falcon : tan casual incidente proporcionó al jóven Arango, que entonces contaba 20 años, el honor de ser uno de los héroes del 2 de Mayo segun la descripcion sencillísima que acabamos de leer.

Destinado despues de aquel acontecimiento al ejército de Andalucia que mandaba el general Castaños, se encontró en la célebre batalla de Bailen, conduciéndole su destino á tomar una parte muy activa en los dos grandes acontecimientos que indudablemente decidieron de la suerte del hombre estraordinario que tenia sojuzgada la Europa.

Desde aquella célebre batalla, Arango no volvió á envainar su espada hasta que el suelo de la península quedó purgado de la presencia de los invasores. Su vida fué una cadena no interrumpida de combates, de riesgos y de fatigas; prisionero en la defensa de Madrid en diciembre de 1808, logró fugarse, se incorpora al ejército del centro, hallándose en la mayor parte de los hechos de armas gloriosos aunque desgraciados, pero que contuvieron durante un año á los enemigos en su porfiado empeño de invadir las Andalucias.

Vencido nuestro ejército en la aciaga jornada de Ocaña, y ocupada la Mancha por la tercera irrupcion de las huestes de Napoleon despues de su feliz campaña del Danubio, tuvo nuestro ejército que buscar su salvacion en la isla de Leon, desde cuya línea volvió á tomar la ofensiva, y en todos aquellos hechos de armas casi diarios durante el año de 1811, se encuentra Arango distinguiéndose en las acciones generales del Portazgo donde fué herido, y en los del cerro del Puerto Vejer y Pinar de Chiclana, en la cual fué particularmente elogiado por la acertada direccion de los fuegos de la bateria que mandaba, segun lo acreditan los atestados de los generales mas célebres de aquella época.

Despues de la batalla de Chiclana, pa-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

se destinado al segundo ejército que mandaba el general Blake, y que ocupaba el litoral de Murcia y Valencia.

Al firmarse la paz se encontraba nuestro héroe de capitan graduado de teniete coronel y deteriorada su salud con una vida tan agitada.

En 1820 se le nombró teniente coronel efectivo de caballeria, con destino á Guatemala, donde no pudo llegar por los sucesos políticos de aquel pais, y cada vez mas decaida su salud, pidió y obtuvo su retiro.

Su escesiva modestia puso siempre una decidida resistencia á las insinuaciones de sus amigos, para que ya que no exigiese del gobierno la recompensa del eminente mérito contraido el dos de Mayo, publicase á lo menos la historia de los hechos y reclamase la parte que en la corona discernida por la patria y por el mundo á Daoiz y Velarde, pertenecia en justicia al que fué el primero en ocupar el parque, y en hacer frente á los riesgos que allí se acumularon, el primero en preveer la necesidad de atacar ó defenderse y preparar los medios, así como fué el último en abandonar aquel teatro de sangre y de gloria. Sus principios severísimos no le ofrecian en la muerte del militar de cualquier modo que ocurriese, y en los peligros á que se esponia, otro mérito que el de un simple deber cumplido. Los peligros y la muerte no eran mas á sus ojos que el pago de una contraida deuda de honor, que ningun derecho daba á otra retribucion que á la que resulta de la conviccion de haber obrado bien y hacerse digno de los ascensos regulares en su carrera.

Establecido por fin en su patria se dedicó esclusivamente á la agricultura en una hacienda que habia heredado de sus padres, limitando sus relaciones al círculo de su familia y amigos, que admiradores de su instruccion y de su afable y modesto carácter, respetaban en él, al veterano denodado y al virtuoso patricio. Con la muerte de este militar há perdido la nacion al último héroe de las glorias del 2 de Mayo en que tanta parte tomó y que indudablemente hubiera quedado sepultado en el olvido, si su hijo D. Joaquin, teniente del regimiento de Mallorca, digno sucesor de aquel por su valor acreditado en la última campaña de Cataluña, en la que fué premiado con la cruz de S. Fernando, no nos hubiera proporcionado los documentos originales á presencia de los cuales hemos formado esta sucinta relacion.

A LA MEMORIA

DEL CORONEL.

DON RAFAEL DE ARANGO.

Héroes de Mayo, si el brillante dia
que de gloria y honor disteis al mundo
No me escuchais cantar como solia:
si en el dolor profundo
que su grandeza sin igual me inspira,
mi desacorde lira
unir pretende á vuestro nombre augusto
la vencedora fama
del ínclito varon, del varon justo
que vuestra gloria sin cesar reclama;
no será de vosotros menos digno
mi generoso intento
pero si acaso el inspirado acento
del cisne peregrino (1)
de alto renombre y de estorzado aliento,
me niega mi destino,
vosotros ¡hay! que en la imperial morada,
desde el trono de nubes encendido
contemplais las miserias de esta nada
en donde la virtud vive ignorada:
donde el mérito muere oscurecido,
prestadme vuestro influjo soberano,
dad á mi voz el noble poderío
del genio sobrehumano,
y alzándose inmortal el canto mio,
los claros hechos, la virtud gloriosa
del que fué vuestro hermano,
y en esa lid heróica y espantosa
el primero tambien, hará que el bueno
de gloria henchido y de entusiasmo lleno
coloque en vuestro túmulo sagrado.
Vosotros ¡ay! que en las supremas horas
que á la tormenta popular precedió,
en esas de venganzas precursoras,
contra el francés alarde
le visteis el primero
blandiendo altivo el vengador acero,
intrépido Daoiz, bravo Velarde,
vedle cual vuela á comenzar la obra

(1) D. Nicasio Gallego.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

que á vuestros pechos reservara el cielo,
y que hoy su nombre hasta el cénit levanta.
¡Basta ya de baldon, de injuria tanta!
Ya ardiendo en ira vengador recobra
su aliento sin igual el castellano:
ya en sangre tinta la feroz mirada,
sigue á la inquieta mano
de furor solo y de venganza armada.
y ya como precede al terremoto
sordo rumor que de pavor nos llena,
ó cual lejano rabramar del Noto,
ronco el rugido popular resuena.
Váno es el declamar, vano es el ruego,
el popular torrente desbordado
como el destino incontrastable y ciego
contra el furor del enemigo fuego
se lanza desbocado.
y en vano, en vano contener procuran
del indómito Leon la régia saña;
en vano los traidores aseguran
que aun puede libre respirar la España
que á merced de los vándalos se mira.
Ardiendo Arango (1) en generosa ira
vuela del parque á la gloriosa arena
tumba de buenos y baldon del Sena,
y respondiendo al belicoso intento
que sus instintos generosos guia,
bajo el ronco metal de la armería
hace temblar el duro pavimento.
De independencia el corazon sediento,
las rotas armas con ardor repara,
acude á la cureña
torna los hojos al vendido muro,
y con valor seguro,
al aire dando la española enseña:
«Si este no es mi deber, tranquilo esclama,
«el deber que está escrito en mi conciencia,
«y que la patria sin cesar reclama
«es luchar por la santa independencia.»
Dijo: y apenas su esforzado acento
se pierde entre el estrépito violento
que al ronco grito de esterminio y guerra
hace temblar la combatida tierra
Daoiz (2) blandiendo la inmortal cuchilla
grita con voz tronante:
«Los tiranos atrás, gloria á Castilla.»
La espada fulminante
rauda centella en vuestras manos sea.
No haya tregua ni paz; hasta el amago
lleve do quier la destruccion y estrago,
y antes que el brazo, desprendido, inerte
cansado de matar sangriento espire:
cubierto ¡oh Dios! ante mis hojos mire
de enemigos cadáveres el suelo:
no haya tregua ni paz, á la venganza.
Antes que al sufrimiento, á la pelea;
antes que á la coyunda á la matanza;
y el nuevo sol alumbre la victoria,
ó el universo en nuestras tumbas vea
cómo se alcanza la española gloria.
No dijo mas: la castellana furia
la voz ahogando en los heróicos pechos,
ante el baldon de su doblada injuria
á mas que humanos hechos
contra el poder del vencedor de Jena
se lanza desenfrenada,
y en vano con doblados escuadrones
las espantadas águilas del Sena
se oponen á las huestes desarmadas,
que diezman sus legiones
en cien y cien batallas veterenas.
En vano de sus triunfos la carrera
invocan sin cesar, por vez primera,
vencidas por las huestes castellanas,
los lauros contra el mundo conquistados
marchitos en las rocas carpetanas
cayeron por el suelo destrozados.
Ya no hay piedad, al vértigo horroroso
de noble lid y de campal matanza
sucede el alevoso
intento de la pérfida asechanza,
y contra los decretos del destino
bajo el golpe del bárbaro asesino
triunfando muere el héroe sevillano.
Dia de execracion y oprobio eterno
para el traidor cobarde,
y de gloria inmortal para los buenos
que con Daoiz y el ínclito Velarde
sellaron con su sangre la victoria:
Y tú tambien, de inmarcesible gloria
la noble frente sin cesar velada,
ínclito Arango, existes en la historia
de esa inmortal jornada,
tú en cuyos brazos reclinó la frente
moribundo Daoiz; tu augusto nombre
rodando sin cesar de gente en gente
llevará hasta los siglos venideros
la fama de los buenos caballeros.

FRANCISCO ORGAZ.

A LA MEMORIA DE D. RAFAEL ARANGO, AYUDANTE DEL CUERPO DE ARTILLERIA EL DOS DE MAYO Y COMPAÑERO EN EL PARQUE DE LOS INMORTALES DAOIZ Y VELARDE.

Tu cuarto lustro alumbra EL DOS DE MAYO,
Arango, y de valor sublime alarde
haces, lanzando al opresor el rayo
del patriótico fuego que en tí arde.
De guerrero en el parque noble ensayo
tuviste con Daoiz y con Velarde,
y compañero en lid de tanta gloria,
tu nombre al suyo enlazará la historia.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

---

(1) Don Rafael Arango, teniente de artilleria y ayudante el dia Dos de Mayo, fué el primero que penetró en el Parque y el que mandó poner las piedras á los fusiles y preparar las armas. Poco despues llegó Daoiz, tomó el mando y abrió al pueblo las puertas del parque.

(2) Daoiz, Velarde y varios oficiales llegaron despues de Aragon, y cuando este dijo al primero que habia preparado todas las armas, Daoiz le contestó sonriéndose. Hé ahí el primer contrabando. En seguida se detuvo un instante pensativo, y tirando del sable se dirigió seguido de todos los oficiales á las puertas del Parque que franqueó al pueblo, á pesar de los franceses que las guardaban.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

DOS DE MAYO.

A la memoria del Coronel Don RAFAEL DEARANGO, ayudante de artilleria en aquella jornada.

Codrus pro patria non timidus mori.

Alabanza y laurel á los varones
De vida honrosa y hechos eminentes;
Timbres de las naciones,
Y admiracion de la futuras gentes;
Que al recordar su merecida gloria
Hacen grata y durable su memoria.
Así tu nombre, Arango esclarecido,
Perdurable será, porque la historia
En su libro dorado,
A la posteridad le ha transmitido,
Y, ya está emancipado
De las oscuras sombras del olvido.
En el dia de espanto,
De angustias y dolores,
Que de sangre y de llanto
Brotaron salpicadas,
Del claro Mayo las hermosas flores;
Y se vieron transidas y ultrajadas,
Con bárbara fiereza,
Las gracias de la púdica belleza;
Arango valeroso
Al frente de sencillos ciudadanos
Luchó, como lucharon
Los pechos varoniles y leales,
No con hombres, con furias infernales,
Por rechazar el yugo ponderoso,
Que un soldado dichoso
Destinó con frenética osadía
A un pueblo belicoso,
Que nunca conoció la cobardía
Altivo y confiado
Mecido en la ilusion de la esperanza,
Cuando se vió burlado
Furibundo gritó: muerte y venganza.
Y aquel coloso de poder, sentado
En su trono de bélicos trofeos
Se decia: he triunfado,
¡Ay del que no se humille á mis deseos!
¡Insensata jactancia!....
Que ya se prevenia
La raza de los héroes de Numancia
A una tenaz y viva resistencio,
Para salvar su augusta independencia,
Sus patrios usos y sus santas leyes,
Y el trono abandonado de sus reyes.
Y el mónstruo de la guerra,
Desde el llano á la sierra,
Desde la sierra al arteson dorado,
Y desde el campo inculto al cultivado,
Comenzó á vomitar sangre y horrores;
Ira, furor y desastrosa saña
Contra los invasores,
Que osaron como viles y traidores,
Manchar el suelo de la bella España.
La trompa de la Fama
A cada triunfo esparce por el viento
Nombres queridos, y valientes llama
A los bravos guerreros que venian;
Y á los que ardiendo en la sagrada llama
Del patrio amor, luchaban y morian
Lauros y bendiciones los cubrian,
Y el ilustre cubano
Que unió su suerte á la del pueblo hispano,
Mas de una vez por ínclitas hazañas,
Recibió de Belona,
Ya una palma, un laurel... una corona.
Las águilas del déspota temblaban,
Los galos y españoles se batian,
La humanidad y la razon lloraban,
Y los estragos de la lid seguian.
Pero sonó la voz altipotente
Del Destino, que dijo conmovido;
Basta de horror, á España la victoria;
Renombre eterno á la española gente,
Y humillado y vencido
El gigante del Sena,
Vaya á dejar su mancillada gloria
En la roca letal de Santa Elena.
Asi acabó la lucha portentosa
Que pudiera pasar por fabulosa
En la futura edad; pero la vieron
Hombres, pueblos, naciones,
Y en los fastos del mundo la escribieron.
En carro de oro, con la faz serena
Y en prospero camino,
Iba España ostentando,
De magestad y de hermosura llena,
«Su cetro de oro y su blason divino»
Cuando, súbito, llora y se estremece,
Y su congoja crece.....
Porque vió que sus hijos desgraciados,
En opuestas banderas se batian
Porque triunfase lo que mas querian.....
Silencio, lira..... quejas al olvido;
Que recuerdos fatales
De dulces bienes y de amargos males,
Dejan el corazon mas dolorido.
Pero con tono blando,

(c) 2007 Ministerio de Cultura

Que deleite enseñando,
Canto, que en la contienda fatricida,
A riesgo del honor y de la vida,
Del noble Arango defendió la espada
El sólio de una vírgen coronada.
Y cuando de la paz brilló el lucero,
Atravesando los cerúleos mares
Se fué á exhalar su aliento postrimero
Al grato asilo de los patrios lares.
¡Ah! si hollara de Cuba las orillas!
Inspirado de un alto pensamiento
Esclamaría con sentido acento:
¡Salud reina inmortal de las Antillas!
Por el sol coronada
En trono alzado sobre el mar profundo,
Y joya hermosa para bien guardada
De la que fué Metrópoli del mundo.
Dejame que con labio religioso
Clame: paz y reposo
A los manes de Arango denodado;
Y como prendas de dolor, tributen
En la tumba que guarda sus despojos,
Flores mis manos, lágrimas mis ojos.

ALZAYBÁR.

Madrid 24 de abril de 1853.

España que abatida
y en miserable vida
sufre carga ominosa
con que al gato feroz gravarla plugo;
de su ley y poder siendo juguete,
cansada de sufrir, rompe animosa
tan férreo y torpe yugo
y al infame invasor fiera acomete.
A los gritos de guerra
retiembla ya la tierra
y del preñado bronce el eco zumba;
blandiendo sable y lanza
en terrible matanza
el águila rapante se derrumba.
Sangre, rabia, furor, alienta el pecho;
no hay español que su rencor profundo
encuentre satisfecho:
quien empuña el fusil y quien la espada,
quien leal sin segundo
por patria tan amada
ansía de cualquier suerte,
hallar luchando «Libertad ó muerte.»
¡O tú, Arango animoso,
hijo de Macacar esclarecida!
tú hollaste la atrevida
tropa soberbia del varon coloso,
que quiso domeñar la altiva frente
de Mantua, que gozando
de la paz y su dicha regalada,
fué sin sentir postrando
á tan mañera gente
su enberguida cerviz bajo su espada.
Con beligero arrojo
de Velarde y Daoiz fiel compañero,
tu ardiente corazon venganza clama:
truena el cañon certero,
y con rápido enojo
terrible muerte por do quier derrama.
El agudo clarin vibra sonoro,
de su letargo el español despierta,
y el arado trocando por la lanza,
á la aguerrida hueste se avalanza
en desigual reyerta,
de rabia henchido cual rugiente toro;
como Leon, que en la abrasada arena
al gladiador divisa prevenido,
le observa mesurado
da un fuerte resoplido
sacude su melena
y de esperar cansado,
entre nube de polvo que levanta
del gladiador desgarra la garganta.
A tu grito la guerra,
se enciende por do quier enfurecida;
por cada labrador, brota la tierra
un armado guerrero
que ofreciendo su vida
por tamaño baldon y gran ultrage,
jura vengar sincero,
tanta ofensa con bélico corage.
¡Ay! si en conquistar te places
soldado de ventura,
en España hallarás la sepultura
cabe la huesa de tus recias haces;
míralas sucumbir: escrito llevan
sobre su osada é inmarcesible frente,
Lodi, Jena, Austerlitz signo reciente
de esas batallas que denuedo prueban:
míralas sucumbir: vé á tus legiones
diezmadas por indómitos varones

FELIPE TRIGO GALVEZ.

Imprenta de D. José Villeti, calle de S. Nicolás n. 13.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

(c) 2007 Ministerio de Cultura